

LA HISTORIA MÁS HERMOSA

J.R.R.Tolkien pensaba que los cuentos maravillosos debían tener un final feliz. Esto no significaba para él que, al terminar de contarlos, todos los conflictos se hubieran resuelto, sino que hubiera quedado claro que la vida era extraordinaria. Por eso habló de la *eucatástrofe*, de la bella catástrofe, lo que quiere decir que, a pesar de todas las dificultades y tristezas a las que tendremos que enfrentarnos, el mensaje de los cuentos es que la vida merece la pena. Puede que cuando la miramos desde trances tan amargos como la pérdida y el fracaso, nos parezca un engaño, pero, mientras dura, la vida es extraordinaria e irreal, como lo son los dulces recuerdos que ciertos cuentos maravillosos logran dejar en nosotros. Y Andersen es uno de los autores en los que late de una forma más decisiva esta visión a la vez trágica y luminosa de la vida.

Pero ¿fue la vida de nuestro escritor una *bella catástrofe*?. Todo hace pensar que no, por más que él mismo se empeñe, en *El cuento de mi vida*, su texto autobiográfico, en hacernos creer que lo fue. El mundo de los cuentos es el mundo en que se cumplen los deseos y me temo que nuestro autor jamás vio cumplirse los suyos, al menos los más íntimos y decisivos. Es una paradoja pues pocos autores han conocido en vida un éxito más absoluto. El niño, hijo de un zapatero, que llega a Copenhague a los catorce años y que después de años de hambre logra, con la ayuda de su gran tesorón, abrirse un espacio en el mundo literario danés a través de sus novelas y dramas, muy pronto se transforma en un escritor archifamoso. Murió a los setenta años, en la cúspide su fama, pero siempre se sintió descontento con su suerte. No tuvo éxito como autor dramático, y chillaba como un niño cuando volvía a fracasar otra de sus piezas, y sus novelas adultas, con las que pretendía alcanzar la inmortalidad, nunca fueron apreciadas por nadie. El hijo de pobres fue a hoteles de lujo internacionales y festejado y mimado como un héroe nacional en los castillos daneses pero sólo conoció la ausencia de una dicha humana. Soltero, sin amor ni patria, sus viajes eran una huida de su soledad. A pesar de su fama se

sentía como un paria, y las fiestas espectaculares que se hacían en su nombre no hacían sino revelar su terrible abandono. El patito feo sólo se convirtió en cisne en el cuento, en la realidad Andersen siguió siendo “la figura alargada, desaliñada, encorvada como la de un lémur, con una cara excepcionalmente fea” que evoca Hebbel en uno de sus escritos.

Pero ¿quién era en realidad Andersen, y cuál fue la causa de su desdicha? Se ha hablado de una homosexualidad no asumida, que le llevaba a viajar sin descanso en busca de bellos muchachos a los que amar en silencio, se ha hablado del profundo infantilismo en sus relaciones afectivas, y de su penosa fealdad, el caso es que su vida sentimental fue un completo desastre. La cantante Jenny Lind, su amiga, le dejó plantado como a un escolar cuando le declaró su amor, y se cuenta que en el momento de su muerte llevaba sobre el pecho una bolsa de cuero que contenía una carta de un amor de juventud, una carta cuyo contenido nunca sabremos pues tuvo que quemarse sin ser leída por nadie, como pedía en su testamento. La única carta de amor que había recibido, y que no había contestado equivocadamente valía para él más que todos los laureles.

En el mundo de la literatura no es infrecuente esta relación entre sufrimiento y creación. Voltaire, Hoffman, Leopardi, y Verlaine se distinguían por su fealdad. Leopardi era prácticamente un tullido, Hoffman se comparaba a sí mismo con un gnomo, Conrad poseía un cuerpo hinchado y amorfo, el orgulloso Keats era un enano que apenas llegaba a cinco pies de altura, y Shakespeare, fue un hombre tullido, feo y despreciado. Kierkegaard, contemporáneo de Andersen, afirmó que la deformidad física tiene algo de demoníaco y pone al hombre terriblemente cerca del mal. Todos estos escritores para poder vivir se refugiaron en un mundo imaginario, y todos experimentaron el dolor de tener que vivir entre los hombres como desterrados. Pero, a cambio, obtuvieron algo semejante a un don. En el mundo antiguo, la enfermedad era algo natural entre los videntes y profetas. Moisés era tardo en el habla y torpe de lengua, Virgilio tuvo que renunciar a ser orador y se refugió en sus escritos, y Corneille tuvo que abandonar la carrera de abogado por sus problemas de dicción. Todos ellos, como el príncipe más pequeño del cuento *Los cisnes salvajes*, tuvieron un ala de cisne, un ala que era a la vez el signo de su excelencia y el de su exclusión social. Jacob, que lucha con un ángel y

se lastima la cadera, es el elegido de Dios; y el canto de Orfeo nunca será más hermoso que tras la pérdida de Eurídice. Lo inconsolable de la pérdida dará a ese canto un poder desconocido que hará que quien lo escuche no pueda olvidarlo jamás. Eso nos pasa con los cuentos de Andersen, que una vez leídos permaneceremos eternamente bajo su hechizo.

Hace dos años, en un viaje por los países del norte de Europa con mi familia, nos detuvimos en Odense, la patria de Andersen. Allí, en un barrio de casas que parecen de juguete, hay un museo dedicado al escritor, donde pueden verse sus libros, sus cuadernos y sus objetos. Acompañado de decenas de turistas y de numerosos niños, recorrimos las sucesivas salas de la casa contemplando aquel mundo de objetos y pequeños entretenimientos que habían formado parte de su vida. Allí estaba el pequeño ajuar que dedicó a su amada, la cantante sueca Jenny Lind. Andersen suspiraba por ella e, incapaz de conseguir que le hiciera el menor caso, concebía durante las noches preciosos trajes que, después de dibujar minuciosamente, recortaba para vestirla a su antojo en su fantasía, pues ese era el poder de Andersen, recobrar en su imaginación lo perdido en el mundo exterior. Y allí estaban sus muebles y algunas de sus prendas de vestir, como su sombrero de copa y su bastón. También muchas de las numerosas traducciones que se habían hecho de sus cuentos a todas las lenguas del mundo, pues sus cuentos son sin duda una de las obras más traducidas de la literatura universal. Y sin embargo todo estaba lleno de una profunda melancolía y de una dolorosa sensación de fracaso. Como si en cualquier momento el mismo Andersen pudiera aparecer para decirnos: “Cometí el mayor de los pecados, nunca fui feliz”.

Esta frase, que otro escritor universal, Jorge Luis Borges, escribiría un siglo después, podría resumir la vida y la obra de Hans Christian Andersen. Pero ¿cómo era posible que el hombre que había escrito algunas de las historias más hermosas que se han concebido en la tierra fuera excluido de la felicidad que él mismo haría aparecer tantas veces en el corazón de sus lectores? No es tan extraño, sobre todo, cuando leyendo sus cuentos, nos damos cuenta de que sus personajes más inolvidables tampoco fueron felices. ¿Tal vez por eso son inolvidables, por todo lo que sufrieron? La mayor parte de las historias que merecen la pena nos conmueven precisamente por su tristeza. Augusto Monterroso dijo que la literatura aspiraba a representar la

totalidad de la vida, y puesto que la vida era triste también la literatura, la gran literatura, lo tenía que ser

Pero también aquí hay diferencias, ya que hay obras que son tristes a su pesar, porque lo que cuentan lo es y no quieren renunciar a reflejarlo, y hay obras que lo son por vocación, ya que parecen haber surgido para enfrentarse a ese enigma, el de la tristeza. La obra de Andersen pertenece a ese segundo grupo, y la razón de su éxito arrollador, de su indiscutible poder de seducción, me atrevo a pensar que se debe precisamente a eso. En realidad, a todos nos gusta la tristeza, que es un sentimiento que tiene que ver con la separación y la pérdida. Puede que su primer patrón esté en los primeros años de la vida, cuando el recién nacido descubre que su madre no siempre va a estar a su lado cuando la necesita, y puede que la tristeza no sea sino un sentimiento que le prepara para que, cuando ese momento llegue, no le pille desprevenido. Todos los cuentos empiezan con alguien que se queda solo. El reino de los cuentos es el reino de la soledad y de la exclusión. Si el Patito Feo hubiera sido aceptado por sus hermanos y su madre y, siguiendo su ejemplo, los otros animales le hubieran considerado como un miembro más de la granja y no se hubieran mofado de él, no habría existido el cuento. Como no existiría el cuento de *La sirenita* si, al abandonar el reino sumergido al que pertenecía, su protagonista se hubiera transformado sin mayores problemas en una muchacha normal y corriente; o el cuento de *Pulgarcita* si la pequeña niña no hubiera sido arrebatada a su madre por un feo sapo; o *Los cisnes salvajes* si la princesa Elisa y sus hermanos transformados en cisnes no hubieran sido expulsados de su reino por las maquinaciones de su perversa madrastra. En realidad, todos estos personajes buscan denodadamente el amor y no logran encontrarlo. Esa es la enseñanza de los cuentos de Andersen: que la vida sólo merece la pena si hay amor, y que este no consiste en pedir sino en dar. Por eso ni a princesa Elisa ni a la Sirenita les importa su sufrimiento. Elisa tendrá que tejer camisas de ortigas con sus propias manos, para salvar a sus hermanos; y a la Sirenita el simple hecho de andar le causará un dolor tan insoportable que apenas podrá mantenerse en pie. Pero esto no es bastante, ya que mientras llevan a cabo su misión ninguna de ellas podrá hablar. Es decir, que tienen que abstenerse de pedir. En los cuentos es frecuentes la idea de que sólo a través del esfuerzo y del sacrificio, sólo a través de lo más difícil

se pueden conseguir las cosas. Sólo que aquí se va más lejos y no se pide que se haga algo sino que se deje de hacer. Como si la abstención pura, la entrega absoluta fuera la condición del amor. O dicho de otra forma, el amor tiene que ver con la pureza, es decir con lo que es simple, lo que no tiene mezcla. Y esa es el tipo de tristeza que aparece en los cuentos de Andersen. Por eso nos gusta escucharlos. No se trata de que nos guste sufrir como que también nosotros, como le pasa a la sirenita, queremos tener un alma inmortal. Y algo nos dice que la tristeza, que tanto tiene que ver con la no acción aconsejada por el pensamiento oriental, es la forma de conseguirla.

A algo así es a lo que se refiere Simone Weil, cuando al analizar el cuento de los cisnes, en la versión que de él hacen los hermanos Grimm, escribe: "Actuar nunca es difícil: siempre estamos actuando en exceso y dispersándonos incesantemente en actos desordenados. Hacer seis camisas de ortigas y estar callados: ése es nuestro único medio de adquirir un poder". Eso es la tristeza en los cuentos de Andersen, una forma de conseguir poder. W. Faulkner, en una de sus novelas, hizo decir a uno de sus personajes: "Entre la nada y la pena elijo la pena". Y esos hacen todos los grandes personajes de Andersen, elegir la pena. En realidad se entregan a ella, como si fuera la más dulce y extraña de las aventuras, una aventura que sin embargo tiene que ver con la muerte.

Los hermanos Grimm tienen una versión del cuento de los cisnes, que sin duda Andersen conocía, que titularon *Los seis cisnes*. Las diferencias entre ambas versiones son mínimas, aunque el cuento de Andersen triplique en extensión el de sus antecesores. Andersen, fiel a sí mismo y a su estilo, dedica parte de estas páginas a describir con un morboso y profundo pormenor todos los sufrimientos que la princesa Elisa tiene que pasar para lograr su objetivo. Pero hay dos diferencias entre las dos versiones que no pueden pasarse por alto. La más visible y significativa se refiere al material de que tendrá que servirse la princesa Elisa para tejer las camisas que lograrán neutralizar el hechizo. En el cuento de los hermanos Grima se trata de las anémonas del bosque, en el de Andersen, de las ortigas que crecen entre las tumbas del cementerio. La tarea de tejer unas camisitas con flores remite a esas tareas imposibles que abundan tanto en los cuentos, pero hacerlo con ortigas supone añadir a la imposibilidad de la propuesta la idea del dolor. Algo así como si nos

dijeran, no solo os será imposible cumplir con lo que se os pide sino sumamente doloroso. Y, en efecto, las ortigas harán que los dedos y manos de la princesa se llenen de ampollas, y que luego sean las plantas de sus pies las que sufran las consecuencias de su ardiente contacto, pues sólo machacándolas con los pies desnudos Elisa podrá obtener el lino que necesita para tejer sus camisas. Es un tema muy querido para Andersen, el del dolor que se localiza en los pies. Lo padece Elisa en *Los cisnes salvajes*, y la Sirenita, cuya cola de pescado solo podrá dar lugar a unas piernas de muchacha a través del dolor terrible que le cuesta desplazarse, y en *Las zapatillas rojas*, donde a su protagonista tendrán que cortarla los pies para que cese en su loca danza. El pie ha sido visto como símbolo del alma., acaso por ser el soporte del cuerpo, lo que aguanta al hombre en su posición erecta. En las leyendas griegas, por ejemplo, la cojera significa una deformación anímica, una falla esencial del espíritu. Pero también suele tener un significado funerario, ya que el difunto de alguna forma se marcha, deja el mundo de los vivos, y sólo vemos sus últimas huellas. Y este es el significado de los cisnes. Los príncipes transformados en estas aves abandonan el mundo y la princesita conseguirá su regreso con su perseverancia. De hecho, en el cuento de Andersen cuando se produce el hechizo, la malvada bruja exclama: “¡Id volando por el mundo y ocuparos de vosotros mismos!. Volad como grandes pájaros sin voz!”. Una criatura que no tiene voz, que no puede comunicarse con nadie, ¿no es la figuración de la muerte?. Al hablar de *El patito feo*, ya aventuré, en otro texto, que la transformación última de su pequeño protagonista en un hermoso cisne podría simbolizar su muerte, y es lo que pasa en *Los cisnes salvajes* en que el hechizo que transforma a los príncipes en cines supone su exclusión del mundo de los vivos. Pero el ave que carece de voz emite en el momento de su muerte un canto hermosísimo que es la máxima expresión de la belleza en el mundo. Es uno de los temas preferidos de Andersen, en cuyos cuentos la belleza siempre está cerca de la muerte. Una buena parte de sus cuentos más queridos terminan con la muerte de sus protagonistas. Muere la Sirenita, muere El soldadito de Plomo, muere el Abeto y muere la Niña de los Fósforos y hasta la misma Pulgarcita se puede considerar que muere, ya que nunca regresará con su madre y pasará a formar parte del mundo de las flores y de las fuerzas naturales. Es como si

sobre todos ellos pesara una maldición, la maldición de los seres a los que un exceso de belleza y pureza destinan al infortunio.

Pero la muerte es también un desafío y también han sido muchas las leyendas e historias en que los hombres han tratado de penetrar en sus misterios. Ulises descendió a su reino de sombras y también lo hizo Orfeo, tratando de liberar a su amada con la sola fuerza de su canto. Es decir, que la muerte figura en muchos relatos como la aventura más decisiva en el deambular de los héroes, aquella en la que se pondrá a prueba su verdadero valor. “Morir será una gran aventura”, exclama Peter Pan, cuando le advierten de los riesgos que puede correr si responde a la provocación del capitán Garfio, que sin duda le ha tendido una trampa. Y, en cierta forma, claro que es una gran aventura, tal vez la más reveladora e impredecible de todas. Ninguna historia que merezca la pena la puede excluir. Walter Benjamin afirmó que el narrador siempre habla con la autoridad de la muerte, y en un cuento poco conocido de Andersen, *Ole Pegaojos*, un extraño personaje va recogiendo en su caballo a chicos y mayores, a los que según la bondad o maldad de sus intenciones, sitúa en la parte delantera o trasera de su montura. A estos últimos les cuenta historias que les ponen los pelos de punta, pero ellos no pueden desmontarse a pesar del terror que les causan porque es como si estuvieran clavados en él. “Pues entonces, exclama uno de los niños, la muerte es el mejor Pegaojos! Yo no le tengo miedo”. Lo que viene a ser lo mismo que dice Peter Pan, antes de dirigirse una vez más en busca de su eterno rival.

Y en verdad los narradores deberían estar agradecidos a la muerte ¿pues qué contarían sin ella? Aún más, ¿cómo conseguirían mantener la atención de quienes les escuchan? Ninguna historia de verdad interesante puede prescindir de la muerte, como ninguna historia que aspire a conmovernos puede prescindir del amor. El cineasta norteamericano Quentin Tarantino ha dicho en una reciente entrevista que si la violencia se utiliza tanto en el cine es por su inequívoca capacidad de seducción. “Cuando la cámara se inventó, se inventó para ver matar y para ver besar”. Lo que es lo mismo que decir que todas las historias que merecen la pena se cuentan para aproximarnos a los misterios del amor y la muerte, pues el amor y la muerte son los materiales con que tejemos las camisas que nos devuelven nuestra condición humana.

La misión del narrador, parece decirnos Andersen, sólo puede consistir en depositar en el mundo una verdad que sólo pertenece al alma. Esa será la búsqueda de la Sirenita, tener un alma inmortal. Para conseguirla abandonará su mundo sumergido, hecho de dulce inconsciencia, y se enfrentará a experiencias terribles. Pero ¿para qué querríamos tener un alma? Es bien sencillo, para conocer los misterios dulces y terribles del amor. Pero el amor es hermano de la muerte, y aspirar a él es tener que asumir la turbadora evidencia de la vulnerabilidad de lo que amamos. Esa es la gran paradoja, que cuanto más amamos algo, más frágil nos parece, y más cerca nos parece de la muerte. Según Chesterton esa es la enseñanza de *La bella durmiente*, donde se cuenta “cómo la criatura entre los dones de bendición recibe la maldición de la muerte; y cómo la misma muerte puede desvanecerse hasta transformarse en un sueño”.

En realidad, en los cuentos de Andersen lo extraordinario raras veces aparece vinculado a lo fabuloso. Su mundo es casi siempre el más cotidiano y común, e incluso cuando sus personajes proceden del mito o de la fábula, como pasa en *La sirenita*, su obsesión no es llevarnos al mundo del que proceden sino narrar sus esfuerzos para ingresar en el mundo en que vivimos nosotros. La madre de Pulgarcita le construye a ésta una cama con una cáscara de nuez bellamente lacada, su colchón está hecho de pétalos de violeta y su colcha es un pétalo de rosa; y durante el día la niña juega encima de la mesa, donde ha dispuesto para ella una escudilla llena de agua. Un gran pétalo de tulipán hace de barca y dos pelos de caballo de remos. Todas esas cosas proceden del entorno más inmediato, y bien mirado pertenecen al mismo mundo común del que toman todas las madres lo que necesitan para alegrar la vida de sus hijos. Claro que lo común en los cuentos de Andersen, como por otra parte también pasa en ese mundo de los niños pequeños y de los adultos que los cuidan, no está reñido con lo maravilloso, como bien lo demuestra el hallazgo de esa niña tan diminuta y encantadora. Pero no sólo Pulgarcita se nos revela extraordinaria, en este caso por su tamaño, aunque proceda de un vulgar grano de cebada, sino que en los cuentos de Andersen es frecuente que los animales y que los objetos más familiares lo hagan y tengan alegrías y padecimientos. Es lo que pasa en *El soldadito de plomo*, donde un soldado al que le falta una pierna y una bailarina de papel llegarán a vivir de noche,

cuando todos duermen, una hermosa y desgraciada historia de amor, o en *La maleta voladora*, donde una marmita de hierro, una olla de barro, un cubo de agua, varios platos, una escoba, una tetera y un puñado de fósforos compiten entre ellos para ver quien tiene la mejor historia que contar.

Antes he hablado brevemente de *La bella durmiente*, y Andersen tiene un cuento que se inspira en este cuento maravilloso. Se titula *El jardín del Edén* y en él un príncipe lee y lee sin descanso tratando de encontrar un libro que le indique donde se encuentra el jardín del paraíso. Decepcionado por su fracaso decide abandonar su palacio y ponerse en camino en busca de ese lugar soñado. En el cuento se suceden las peripecias hasta que finalmente logra que un hada le de noticias de ese lugar. Podrá visitarle y quedarse en él para siempre, le advierte entonces el hada, pero sólo si hace lo que le dice. En ese jardín hay una sala donde florece el árbol del bien y del mal, y bajo sus aromáticas ramas colgantes duerme una hermosa muchacha que sonreirá cuando él se acerque, pero que si vencido por la tentación, deposita un solo beso en su boca el paraíso se hundirá en la tierra y lo perderá. Y, en efecto, es así como sucede. El príncipe encuentra ese lugar, pasea maravillado por sus caminos, extasiándose ante sus inagotables delicias, y finalmente encuentra a la muchacha dormida y, a pesar de todas las advertencias, no puede evitar el besarla, momento en que todo lo pierde. A los hermanos Grimm jamás se les habría ocurrido terminar un cuento así, ya que lo dicta el sentido común si nos encontramos con una muchacha dormida es tratar de despertarla con un beso. De hecho, en *La bella durmiente*, el beso del príncipe es dador de vida. La princesa se despierta en brazos de su salvador y ambos regresan al mundo que despierta con ellos. Para Andersen ese beso significa morir, aunque sea inevitable que lo demos.

En realidad es lo que hace Eva, en el Génesis. Yahvé le ha prohibido probar la fruta del árbol del bien y del mal y ella, como buen personaje de cuento, no puede evitar hacerlo y es expulsada de ese lugar absorto, eternamente igual a sí mismo que es el paraíso. Se trata de una paradoja pues la misma idea del paraíso parece exigir la existencia de un fruto prohibido que no podemos tocar, un fruto que precisamente por esa prohibición se transforma en el más deseable de todos. O dicho de otra forma, lo que mejor define al paraíso es precisamente lo que le niega. Es una de las reglas de todos los

cuentos, la de que nuestros deseos sólo se pueden cumplir si nos atenemos a ciertas condiciones. Chesterton la llamó la Doctrina del Gozo Condicional. O dicho de otra forma, en el mundo de las hadas “todas las cosas enormes y delicadas que se nos conceden dependen de una sola y diminuta cosa que se nos prohíbe o se nos exige”. En los cuentos de Andersen se multiplican los ejemplos. En *Los cisnes salvajes* la protagonista sólo logrará salvar a sus hermanos y devolverles la figura humana si teje para ellos, con sus propios dedos, una camisa de ortigas; el príncipe de El jardín del Edén sólo podrá permanecer en el paraíso si no besa a la muchacha dormida y la Sirenita sólo se transformará en una muchacha, y tener por ello un alma inmortal, si renuncia a su canto. Pero, claro, donde hay una prohibición surge inmediatamente el deseo de transgredirla. Aun más, para que exista el cuento debe existir ese desafío. Los personajes de los cuentos casi nunca hacen lo que deben hacer y gracias a ello logran tener una vida lo suficientemente interesante como para que alguien quiera escuchar su historia.

La diferencia de Andersen respecto a otros grandes narradores de cuentos es que en él ese desafío, como pasa en su cuento de *El jardín del Edén*, suele conducir a la muerte. Los cuentos hablan siempre de nuestros deseos, pero el problema es que no sabemos exactamente lo que queremos cuando deseamos algo y que tratar de cumplirlos nos lleva a la infelicidad, como bien se muestra en *Los chanclos de la felicidad*, un cuento reiterativo y no demasiado inspirado pero que muestra hasta qué punto santa Teresa estaba en lo cierto cuando escribió que “se derraman más lágrimas por plegarias atendidas que por las no atendidas”.

Ese tema del deseo que por cumplirse nos hace desdichados es también el tema de *La sirenita*, que es sin duda el cuento más conmovedor y perfecto de Andersen y puede que también la historia más hermosa jamás escrita por el hombre. En él una pobre sirena pasa todo tipo de vicisitudes al objeto de conseguir el amor de un príncipe que apenas repara en su insignificancia. Este es tema central de la obra de Andersen. El del ser diferente que anhela ser aceptado por su comunidad pero que está condenado a un destino de exclusión y de soledad.

Pero bien mirado ¿esa figura no nos representa a todos los hombres?. Todos sentimos dentro de nosotros algo delicado y esquivo que no logramos

hacer real, todos somos torpes e incapaces de llevarlo a cabo, todos creemos ser portadores de algo valioso a lo que no se presta la debida atención. Creo que fue Walter Benjamin quien dijo que la felicidad era poder percibirse a uno mismo sin temor, y en ese sentido en los cuentos de Andersen raras veces aparece el sentimiento de la felicidad.

En realidad todos sus personajes están tullidos, son extraños o mutilados, están incompletos y llenos de temores. El Patito Feo es un ser deforme, la Sirenita ha perdido la voz y apenas puede andar, al Soldadito de Plomo le falta una pierna, el Abeto ha sido arrancado del bosque. La protagonista de *Los cisnes salvajes* no puede hablar y tiene las manos deformadas por las ortigas, la niña de *Las zapatillas rojas* pierde sus dos pies. Todos anhelan lo que no pueden tener, todos se sienten insignificantes e incomprendidos, todos padecen un desvelo eterno a consecuencia de esa naturaleza distinta que a la vez les condena y los vuelve sensibles y delicados. Puede que el tema de la exclusión sea el gran tema de la obra de Andersen. Se repite obsesivamente en gran parte de sus cuentos, dando lugar a toda una saga de personajes tan sufrientes y frágiles como llenos de un irresistible encanto. Esto último es sumamente importante. Estos personajes dan una pena enorme pero a la vez nos conmueven porque son dueños de algo único, algo que en la mayoría de los casos ellos son los primeros en desconocer. Pertenecen a lo que podríamos llamar, recordando el famoso cuento de la princesa que no puede dormir, a La hermandad del Guisante. En este cuento, uno de los más incomprendidos de Andersen, una muchacha desarrapada llega por la noche a un palacio afirmando ser una princesa. Como no saben si está diciendo la verdad, deciden esconder bajo los colchones de su cama un pequeño guisante. A la mañana siguiente la muchacha se levanta con el cuerpo molido y unas grandes ojeras que demuestran que apenas ha podido dormir en toda la noche, por lo que nadie duda que se trata de una princesa de verdad. El príncipe heredero pide su mano, y todos celebraban alborozados que el destino la haya conducido hasta allí en una noche de tormenta. Y ha sido el guisante el que les ha permitido descubrir su verdadera naturaleza. El guisante nos hace ver. Es, pues una señal, la prueba de su excelencia, de su pertenencia a otro mundo. Pero la princesa no aparece dueña de poderes cautivadores, viene sucia, manchada por el barro y la lluvia, y a causa del

dichoso guisante no puede pegar ojo en toda la noche. Es decir, es su desvelo el que demuestra que es una princesa de verdad. A los personajes de Andersen les pasan con frecuencia estas cosas. No pueden descansar, dan vueltas y más vueltas en la cama, su lucha es como defenderse de la angustia. La Sirenita es una desvelada, pero también lo es el Patito Feo, o el Soldadito de Plomo. Todos quieren ser otra cosa, todos sienten nostalgia de su verdadero ser. Ana María Matute tituló *Ala de cisne*, su hermoso prólogo a los cuentos de Andersen, como queriendo dar a entender que el personaje del pequeño de los príncipes es el vivo retrato del escritor danés. Y es cierto que el ala de cisne supone una terrible deformidad, pero no lo es menos que es el signo de su pertenencia a esa hermandad de eternos desvelados que es la Hermandad del Guisante. En efecto, gracias al ala de cisne, se conserva en el mundo la memoria de esas otras criaturas que fueron los príncipes durante su exilio, la memoria de su vuelo sobre el mar, de los hermosos acantilados y de los remotos bosques en los que llegaron a vivir.

En realidad, todos los personajes de Andersen viven bajo la influencia de ese guisante, de ese ala de cisne, que les hace diferentes y extraños, casi siempre para su propia desgracia. Ese desvelo eterno hace que siempre estén buscando una salida, una vía para escapar, Tal vez por eso sus cuentos, como medio siglo después no dejarán de pasar en los de Kafka, están poblados de seres y objetos minúsculos que pasan fácilmente desapercibidos. La pequeña Ida, el Patito Feo, la Sirenita, el Soldadito de Plomo, Pulgarcita, pero también todo un mundo de objetos y animales minúsculos, sapos, ruiseñores, topos, golondrinas, dan cuenta de esta obsesión de Andersen por las cosas y los seres pequeños, como si el tamaño tuviera para él una relación inversamente proporcional a su importancia. Funciona aquí la ética de la inversión propia de los cuentos, en los que lo más pequeño, como pasa con el guisante, o el grano de cebada del que nacerá Pulgarcita, o con esos granos de trigo en el que los judíos escriben oraciones completas, guarda la forma concentrada de todo. Pulgarcita es la heroína esencial de ese mundo minúsculo. Secuestrada por el sapo su historia será la historia de un viaje sin regreso. Es algo que suele suceder en Andersen, donde los personajes raras veces vuelven a casa. Lo hacen Gerda y Kay, los niños protagonistas de *La reina de las nieves*, pero se trata de una excepción. Pulgarcita, el Soldadito de Plomo, el Patito Feo, la

Sirenita, el príncipe de El jardín del Edén, el Abeto y tantos otros, inician un viaje que termina con muerte. La Sirenita se ve movida a abandonar su reino submarino e iniciar un viaje imposible hacia el mundo de los hombres, en el que apenas será poco más que un amable animal de compañía. Andersen va aquí más lejos que nunca al presentar la exclusión no como un producto del azar sino como el resultado de una elección. Es decir, que así como el Patito Feo o Pulgarcita no eligen voluntariamente ese destino de marginación, la Sirenita no duda en buscarlo apasionadamente. Ella quiere abandonar su reino sumergido para tener un alma inmortal. Un alma hecha a la medida del amor que siente por el apuesto príncipe al que salvó de las aguas.

En ese viaje del que hablé antes, mi mujer y yo visitamos con nuestros hijos en Copenhague la estatua de la Sirenita. Situada en el viejo fuerte del puerto, dentro del parque de Kastellet, permanecía posada sobre la piedra con una expresión de inequívoca melancolía. “Ya lo veis, parecía decirnos, me equivoqué en todo”. Decenas de turistas se acercaban a ella y se hacían fotos a su lado, en medio de un silencio y un fervor casi religioso, y recuerdo lo extraño que nos pareció que un ser de ficción llegara a provocar ese interés en todos los que se acercaran, como si fuera una criatura debida a sus propios sueños. No es difícil saber por qué, ya que la Sirenita es probablemente la representación más pura del amor y de todos los sufrimientos que ocasiona que existe en la literatura universal, y no hay ser humano que desde la más corta edad no se vea expuesto a esas experiencias amargas. El que ama se ve arrancado de su propio mundo y forzado por lo tanto a un viaje muchas veces sin regreso, un viaje y una aventura que le obligará a mudar de naturaleza. Sí, eso viene a decirnos el amor. Tienes que encontrar las palabras, los gestos, un cuerpo nuevo hecho a la medida de lo que quieres. El amor es el instante del extrañamiento, el instante en que tenemos que acoger en nuestra vida el ser del otro. No habría problemas si aquel o aquella que amamos respondiera a esas expectativas. Pero ¿y si no lo hace? Es lo que pasa en este cuento, en que la pobre Sirenita asiste impotente a la búsqueda del príncipe de la muchacha equivocada, sin saber que fue ella la que le salvó de la muerte. No hay soledad más grande que la suya, puesto que al carecer de voz no puede explicar al príncipe que el rostro que contempló en la playa no fue el rostro de su salvadora sino el de una muchacha cualquiera que se había acercado a

curiosear. El rostro de aquella que ha ocupado su lugar en la historia. No hay por eso criatura más sublimemente triste que la Sirenita. Más sola y desesperanzada que Julieta, que Isolda, Dido o Eloísa, más dolorida y triste que todas las grandes amantes vencidas de la historia universal. Ellas al menos pueden hablar, contar al mundo lo que les pasa, y dejar en la memoria de los hombres el triste rosario de sus palabras. La sirenita no puede, ya que ha tenido que renunciar a su propia voz para poder transformarse en una muchacha. Sólo hay un caso como ella en el mundo del mito, la ninfa Eco, que acostumbraba a entretener a Hera con su charla. Zeus aprovechaba para entregarse a sus aventuras amorosas y cuando Hera lo descubre, convencida de que Eco es su cómplice, la condena a repetir todo cuanto oye negándole la posibilidad de hablar por sí misma. Y es entonces cuando Eco se encuentra con Narciso. Le ve llegar cada día al arroyo y quedarse absorto en la contemplación de la imagen que se refleja en la superficie del agua, y muy pronto se enamora de él. Y todos los días, al atardecer, espera esa visita, para contemplarle en secreto. Pero un día Narciso la oye entre los matorrales. No ha llegado a verla y le pregunta quién es. Eco quiere responder, decirle que es ella, la ninfa Eco, y que lleva días observándole en secreto, pero todo lo que logra es repetir la pregunta de Narciso. Narciso vuelve a preguntar, y ella se limita a repetir sus palabras, pues aunque arde en deseos de decirle lo que siente sólo está condenada a ser su eco.

Es la gran paradoja del amor, que es a la vez el momento de mayor intimidad, de mayor de mayor ahondamiento en el ser propio y el de mayor enajenación, puesto que nos hace depender trágicamente de los seres que amamos, hasta el punto de transformarnos en una sombra de ellos. “Yo soy tú mismo”, eso es lo que dicen todos los amantes del mundo. La sirenita quiere hacerse digna del muchacho que ha salvado de la muerte, pero según la ley básica de los cuentos hay que pagar un precio para que se cumplan nuestros deseos. Y con el alma que busca entra en ella la conciencia de la muerte, y es eso lo que la desvela. Por eso pertenece a la Hermandad del Guisante. “En el castillo del príncipe, escribe Andersen, mientras los demás dormían, ella salía a la amplia escalera de mármol, para refrescar sus ardientes pies en agua fría del mar, y entonces pesaba en los que vivían allá abajo, en las profundidades”. Ella añora el mundo veloz y libre que ha abandonado pero sabe que no puede

volver a él, porque su vida está ahora al lado del muchacho que ama, aunque apenas repare en ella. Por eso no puede dormir, porque ha descubierto que tener un alma significa anhelar precisamente lo que nunca podrá ser nuestro. Ninguna historia ha contado mejor la imposibilidad de conciliar realidad y sueño que este cuento delicado y terrible, que contiene sin duda la verdadera autobiografía de su autor. Hans Christian Andersen, el hombre que llegó a ser el más conocido de la tierra, y al que reyes y príncipes rendían pleitesía, al final de su vida se sentía tan desnudo como el emperador de su cuento *El traje nuevo del emperador*. Porque, bien mirado, ¿qué es un cuento sino un traje hecho de palabras? Su misión es revelar la verdad. Para eso existen los cuentos, para vernos desnudos. Los cuentos de Andersen, como los trajes del emperador más melancólico, nos piden que no desdeñemos la tristeza, ya que en ella se guarda la memoria de esa vida que tal vez merecimos pero que no pudimos alcanzar. Eso fue la tristeza para él, la memoria de lo que nunca llegamos a vivir ni probablemente viviremos nunca. Nuestra historia más hermosa.